

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM 593.

MADRID 30 DE JUNIO DE 1844.

Segunda serie



LA CARRERA DEL CAMPANARIO.

LA VIDA.

En tanto que afanosos buscamos entretenimiento y solaz para la imaginación en el espacio ideal de lo bello, mientras el ingenio agota sus fuerzas por dar al mundo creaciones fantásticas, hijas de la pequeñez del entendimiento, y cariñosas amigas de una voluntad estragada y viciosamente dirigida, mientras un delirio febril apoderándose de la mente la llena de visiones y quiméricas imágenes que van corrompiendo cada vez más su gusto y haciendo más imposible la corrección del daño; en tanto, pródiga naturaleza nos brinda por todas partes con el sabroso aliante de sus magníficos secretos, que perdidos en la extravagancia del capricho, se vuelven á sepultar en el regazo de esta tierna madre como devorando el desprecio, y permanecen ocultos á la inteligencia en justo castigo de su apático desden.

Las fuentes de la ilusión y de la poesía, no en otra parte toman su caudal que en esos misteriosos fenómenos cuyo origen desconocemos; pero osado el hombre en sus desvaríos, introduce una mano torpe en la purísima corriente, y no consigue más que enturbiar su cristalino curso; quiere añadir perfección al surgidero de las perfecciones, y solo alcanza empañar su hermosura ó parodiar miserablemente su encantadora perspectiva; quiere gozarse en su obra, y torna descontento sus miradas, y halla en su corazón el vacío, y se obstina en repetir sus estériles ensayos. Por el contrario, el amigo, el confidente de la naturaleza, el que limita su arrogancia á aprender en la inmensidad de su sabiduría, queda siempre recompensado en sus afanes, gozoso en la empresa, satisfecho en el trabajo.

La vida, ese manantial inagotable de seducción y encanto cuyos efectos nos embelesan y arroban en cuanto nos circunda, perenne surtidor de imágenes siempre nuevas, lozanas y floridas, cuando en su propio abandono se contemplan, ahí yace olvidado, sin que nadie se acerque á beber en su nacimiento la deliciosa impresión que en todas partes le hace sentir ese primer agente, móvil y principal elemento de su mismo goce y de su existencia. ¿Créese tropezar con el esqueleto, árido y despojado de su pomposa vestidura? ¿se teme desvanecer la agradable emoción del sueño, llegando á la realidad, áspera, informe y desnuda de su vistosa apariencia? Pero no, que ni el reflejo escede en hermosura al objeto que nos retrata, ni es más dulce la miel que el almibar de las flores, sino porque la sutil abeja le recoge puro y aparta de toda sustancia que le adultera desde su oloroso cáliz.

Y nunca encierra mayor interés ni más poderoso atractivo, que cuando la contempla en su propio sér la criatura racional, destinada por la providencia á disfrutar sus encantos del modo más sublime.

Impresión de los sentidos con las galas de la fantasía, y los saborea con el entusiasmo de su esquisita penetración.

En vano la inmoralidad y el abuso de la cultura han querido borrar ó debilitar en el hombre ese instinto conservador, magnífico regalo de la sábia naturaleza, principio y móvil de todos sus adelantos: en vano una ilustración corrompida se obstina en propagar la idea absurda de medir la existencia más bien por la multitud y delicadeza de sus placeres que por el número de sus horas: ningún hombre, por despreocupado que se ostente, deja de amarla con igual ó mayor intensidad que sus semejantes; ninguno esquiva los más duros sacrificios, los más inauditos esfuerzos, cuando algún inminente riesgo amaga arrebatarse tan precioso bien.

Por eso desde los más remotos tiempos le acosó el anhelante afán de prolongarla y protegerla, y su loco desvarío, y su exaltación disculpable en la importancia del objeto, le llevaron hasta las creencias más extravagantes y ridículas, hasta los más groseros errores. Empezó invocando á la naturaleza, siguiendo en esto la común ley del universo que pugna contra su destrucción, y acabó entregándose en manos de la nigromancia y astrología, poco satisfecho de sus progresos y menos constante en su tarea.

Nada hay sin embargo más cierto que la posibilidad de estudiar la esencia de la vida, las causas de su duración ó deterioro, y los medios por consiguiente de precipitar ó detener su harto rápido curso.

No es siempre la vida ese estado de animación que se descubre en los seres organizados embelleciendo al mundo: existe además un principio de vitalidad oculto y latente como la electricidad y el calorífico, y en este caso produce sus efectos no menos maravillosos. Como aquellos agentes puede existir sin manifestarse de manera alguna, hasta que un excitante á propósito le desarrolle; pero aun en tal estado preserva de la putrefacción á los cuerpos y traba, por decirlo así, toda la organización, resistiendo el impulso destructor de las demás fuerzas de la naturaleza, cuyo influjo suspende ó modifica. En el sér viviente no hay acción alguna simplemente mecánica ó física, sino que todas llevan un distintivo vital, y aun peculiar, que ordena sus relaciones particulares con el resto del universo. Hé aquí el origen de las propiedades de cada especie, de cada individuo. Míranse crecer yerbas y plantas en un mismo suelo, nutrirse de unos mismos jugos, y sin embargo aparecen diversas en su forma y en sus virtudes. Otro tanto se advierte en el reino animal; y este fenómeno es el que se designa al decir que cada sér tiene su naturaleza propia.

Mientras la fuerza vital conserve algún vigor, tampoco es posible que un cuerpo se hiele ni destruya: concócese plantas que brotan y florecen bajo la nieve; el oso permanece cubierto de ella todo el invierno; la rana le pasa también debajo del hielo, en un estado de muerte aparente, y ambos á dos conservan la vida hasta la primavera.

Hay sí, conmociones que atacan á la fuerza vital efectuando una alteración nociva en el orden íntimo de los órganos; el rayo por ejemplo mata repentinamente á un vegetal ó animal, sin que pueda descubrirse el menor vestigio de lesión en ellos.

una agitación violenta del espíritu puede también aniquilar de un golpe aquel principio conservador en los seres más perfectos. Hay asimismo ciertas potencias físicas capaces de debilitarle ó destruirle, como son los venenos. Pero en cambio existen benéficos agentes que le escitan y reaniman suministrándole según todas las probabilidades un sutilísimo alimento.

El primero es la luz. Cuanto más goza un ser de su influencia, tanto más completa es su vida: privese á una delicada flor de la claridad, y por más esmero que se emplee en su cultivo, por más alimento que se le dé, vá perdiendo el vigor, deja de crecer y se marchita. En las entrañas de la tierra, en las cavernas profundas donde reinan perpetuamente las tinieblas, no se hallan más que cuerpos inorgánicos: allí nada respira ni siente; y si rara vez se descubre la vegetación en su primer grado y más imperfecto, es sobre la madera, cuya putrefacción, manantial de vida, podría únicamente introducirla en aquellos abismos de un modo equívoco y dudoso.

El segundo es el calor, bastante á desenvolver por sí solo el germen de la vida y cuya ausencia total la estingue por completo. Acercándose al polo se encuentran regiones desiertas en donde no existen plantas, insectos ni animales de ninguna especie, salvo que alguna ballena, oso ú otro bastante corpulento para conservar el calor contra la fuerza del clima, las habite ó cruce.

El tercero es el aire, y más propiamente el oxígeno que contiene. Ningún ser puede vivir sin él; y lo que más prueba su grande importancia es que los animales que respiran, tienen una fuerza vital mayor y una vida más perfecta que los privados de respiración.

El cuarto y último es el agua, de cuya benéfica influencia suministran numerosos ejemplos los vegetales. El jacinto, sin otro alimento que su vapor llega á dar hojas y echar un robusto tallo que se carga de las más vistosas flores. Lo mismo sucede á las demás plantas de su especie; y aun animales de organización muy complicada presentan iguales fenómenos.

Parece pues, que estos cuatro elementos son los verdaderos medios de nutrición y conservación de la fuerza vital; mientras que el alimento ordinario y sensible, fuera de la parte que de cada uno encierra, está más particularmente destinado á mantener el vigor de los órganos reparando sus continuas pérdidas. Solo así podrá concebirse como ciertas criaturas viven largo tiempo sin alimentarse: el pollo v. g. pasa un prolongado intervalo dentro del huevo, y se desarrolla y forma sin tener comunicación alguna con lo exterior, hasta adquirir un grado perfecto de animación y vida.

Pero el principio destructor más temible de esta fuerza primera, reside en ella misma y depende de sus propias leyes: tal es su ejercicio. Siempre que obra esta fuerza, pierde de su vigor; y acabaría por extinguirse completamente si fuera su acción muy violenta y sostenida. Cada día se puede observar esta verdad atendiendo á la fatiga que produce en nosotros el trabajar ó el discurrir. Pero todavía se vé con mayor claridad en los experimentos galvánicos: mientras los nervios conservan un átomo de vitalidad, se muestran sensibles á la irritación ocasionada por el contacto de las chapas metálicas. Si está tiene mucha intension y la experiencia se repite á menudo, la fuerza vital se agota en breve: si al contrario, persiste por más tiempo, y aunque parezca estinguída, puede provocarse á nuevos efectos, con tal de que suspendiendo las escitaciones se le deje espacio para reunirse.

Esta observación indica un medio de contrarrestar el mal; á saber, el reposo. La misma naturaleza con sus preceptos, la ilumina y dirige. Ella aplica á la existencia de las criaturas perfectas una condición que suspende la marcha del consumo vital, y evita de esta manera su demasiado rápida destrucción; el sueño, cuya necesidad experimentan todos los animales que gozan de la vida en su más alto grado. Esta inacción y pérdida aparente de ellas interrumpiendo su ejercicio, es uno de los medios más eficaces de prolongarla. Doce ó diez y seis horas de continua actividad, ocasionan en el hombre un menoscabo considerable que precipita la pulsación, y produce aquella especie de calentura general que tantos experimentan de noche: más llega entonces el sueño en su ayuda, colócale en un estado pasivo, y al cabo de algunas horas, las pérdidas se hallan reparadas y restablecido el orden. Así es que nada arruina tanto nuestra constitución, como una larga vigilia ó una noche de insomnio. Los árboles no vivirían tan largo tiempo sin la especie de sueño periódico que experimentan en la estación del frío: y ciertas plantas presentan un fenómeno que semeja al sueño cotidiano del hombre. Después del crepúsculo aprietan sus hojas ó las doblan sobre los tallos, cierran sus flores, y todo su exterior anuncia que reposan de las vivas impresiones del día. Algunos han querido atribuirlo á la frescura y humedad, pero se observa también en los inviernos; otros á la obscuridad, pero hay plantas que duermen en verano desde las seis de la tarde; algunas se ocultan por la mañana, y aun apenas hay hora en que una planta no se cierre.

La fuerza vital no solo hace que los cuerpos donde reside perciban las impresiones exteriores; sino que se reproduzcan y reparen sus continuas pérdidas, convirtiéndose en sustancia propia y combinando según las leyes de su organismo, cualquiera otra que á ellos llega. Este fenómeno se verifica por algún tiempo de un modo visible y con aumento progresivo hasta que el cuerpo adquiere el grado de perfección que le corresponde. Aun entonces funciona y se ejercita. Lo que al principio constituyó la generación y después el crecimiento, se convierte en una renovación continua, que es uno de los principales medios conservadores del ser viviente.

Es pues la vida, el estado de actividad de esa fuerza misteriosa, con la inseparable acción de los órganos: es una continuada serie de esfuerzos, que necesariamente ocasiona un consumo perpetuo en estos y aquella; que reclama por tanto una continua reparación. Las fuerzas destructoras y creadoras están siempre en movimiento. Mientras la vida conserva su primera energía dominan las segundas, y hacen que el cuerpo se desarrolle y aumente: poco á poco se establece el equilibrio entre ambas fuerzas rivales; y en tanto duras el cuerpo se estaciona en sus adelantos, y permanece sin alteración sensible: por último la disminución y el cansancio de la fuerza tutelar; y el deterioro de los órganos, hacen que el consumo exceda á la reposición, y entonces el cuerpo se desfigura lentamente, hasta llegar al momento inevitable de su total ruina. Los tres periodos son comunes á todo ser que vive sin excepción.

Según lo dicho la duración de la vida en un cuerpo, depende en primer lugar de la mayor ó menor cantidad de fuerza vital que contiene. Pero es muy de notar la tenacidad con que se adhiere y ensalza á los seres en donde reside más incompleta y devilmente: el pólipo la retiene con más firmeza que un animal vigoroso, y es admirable la facultad de algunos insectos para vivir mutilados y divididos, y aun para rehacerse de los miembros que perdieron y formar nuevos seres de la misma clase en cada uno de sus pedazos.

Depende asimismo de la robustez ó delicadeza de los órganos: siendo indudable que la destrucción ha de llegar con más facilidad al cuerpo que los tenga más débiles y propensos á desgastarse en el desempeño de sus funciones: de la rapidez ó lentitud del consumo, y de la perfección ó imperfección con que se reparan las pérdidas que produce.

La retardación del consumo, es sobre todo el medio importante de prolongar la existencia. La cantidad de fuerza vital que forma, por decirlo así, el caudal de nuestra vida, se ha de agotar con mayor ó menor prontitud según que los órganos obren con más ó menos energía, y sufran por consiguiente una pérdida más ó menos grande. Así el vigor de la vida en un cuerpo depende de su duración. El calor,

los ahonos y el cultivo, aumentan la lozanía de las plantas; hace que más pronto y completamente se desarrolle la vegetación, pero en cambio acelera su muerte. Los seres dotados de una gran vitalidad duran menos cuando su vida tiene mucha intension, que otros más débiles cuya vida es por lo mismo menos activa: un árbol, por ejemplo, vive cien veces más que un caballo lleno de fogosidad, porque su vida es más débil y tiene menos energía. Por eso una salud sobradamente robusta puede ser contraria á la prolongación de la existencia, y favorable un cierto grado de flaqueza y debilidad.

Es, pues, indudable que existen elementos capaces de cortar ó dar impulso á la vida, y lo es por tanto que puede estenderse esta no por medios mágicos y métodos absurdos que se prometen por fin sacarla de sus naturales límites, sino estudiando las condiciones de que depende, y satisfaciéndolas en cuanto sea posible.

En vano se clamará que su término es fijo. Nadie duda que cada especie de criaturas tiene prescrito un término á sus dimensiones y á sus facultades, lo mismo que á la suma vitalidad y demás causas que contribuyen á mantenerla y utilizarla por más largo periodo; y sin embargo el consumo más activo ó lento, la concurrencia de circunstancias favorables, pueden hacer que el individuo se aproxime más ó menos á esa determinación natural. En una palabra, no se trata de estender la vida fuera de su círculo; sino de apurarla dentro de él evitando lo precoz y violenta disolución que motivan los agentes contrarios á su naturaleza. En los animales se observa que muy pocos alcanzan al término remoto que algunos tocan; y en el hombre mismo convence la reflexión y acredita la experiencia, que es escaso el número de los privilegiados que sirven de lejano coto á la carrera que la mayor parte debiera consumir: ellos son no obstante vivos ejemplos de la posibilidad de recorrerla.

En otro artículo se espondrán con más precisión estos principios.



VARIEDADES.

Toros. En la corrida de hoy se lidiaron seis de la ganadería de don Fulgencio Diaz Hidalgo, vecino de Villarubia de los ojos del Guadiana: los picaron Zapata y Romero. Juan Jimenez y Antonio del Rio son los dos espadas; y el Salamanquino, que matará el último toro se presenta de media espada, de lo que nos alegramos infinito, conocidas ya sus buenas disposiciones.

Ya que de toros hablamos, nos creemos en el deber de hacer presente á nuestros lectores, que los tres famosos toros que se lidiaron de Colmenar, en la corrida anterior, pertenecían á la justamente acreditada ganadería de don Elias Gomez. Tenemos una complacencia en hacer esta aclaración porque nos consta que el crédito adquirido por este ganadero, ha sido á costa de grandes sacrificios y de muchísimo cuidado con sus toros, y habiendo como hay en Colmenar muy diferentes ganaderías, natural es que se lleve la alabanza quien más que ningún otro es acreedor á ella.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche: La comedia en cuatro actos y en verso, titulada: ESPAÑOLES SOBRE TODO, Se dará fin con baile nacional.

DEL PRINCIPE.

A las ocho y media de la noche: La comedia en un acto, titulada: EL COMPOSITOR Y LA ESTRANGERA. Intermedio de baile nacional. Seguirá la comedia en dos actos, titulada: EL ABUELO. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: ROBERTO DE EVREUX, ópera seria en tres actos.

DE VARIEDADES.

A las cinco de la tarde: La comedia en seis cuadros y en verso, titulada: LA VIEJA DEL CANDILEJO. Terminando el espectáculo con baile nacional.

A las ocho y media de la noche, la comedia en cuatro actos y en verso su título: MATILDE, DAMA Y ESPOSA. Intermedio de baile; finalizando con un divertido sainete.